

no otro de su misma estirpe, de su misma suerte y de glorias parecidas; y no queriendo aprender la leccion, hizo como filósofo respecto al Vicario de Cristo, lo mismo que hiciera como soldado violento su deudo y antecesor. La leccion no se hizo esperar: en los campos de Sadaa resonó aquella voz terrible, procedente de Aquel á quien se le dice desde la eternidad que las naciones son suyas, y que las ha de gobernar con centro de hierro, y las ha de hacer pedazos, como si fueran un vaso de arcilla, y esta voz decia así: *Y ahora, entendadlo oh Reyes! y enseñaos los que juzgais la tierra* (1).

† Jacinto Martá,  
OBISPO DE LA HABANA

(1) Salmo II, vers. 10,

## INTRODUCCION,

La accion de la Providencia es tan evidente en la historia de la humanidad, como inflexible la ley de la justicia de Dios sobre los que infringen sus preceptos ó tratan de oponerse á sus designios. La lucha entre el bien y el mal; el premio de los que en ella vencen, y el castigo de los que quieren ser vencidos, tal es el compendio de la historia de todos los hombres, de todos los pueblos, de todos los siglos.

El pecado de nuestros primeros padres rompió la armonía perfecta de la creacion. La palabra de Dios habia señalado al primer hombre

el camino del bien y del mal, prometiéndole el premio y conmiéndole con la pena. El hombre cerró sus oídos á la palabra de Dios para abrirlos á la seducción del genio del mal, y al rebelarse contra su Creador, atrajo sobre sí y sobre todas las generaciones llamadas á recoger su herencia, la mancha del pecado y la maldición del Eterno.

Pero Dios, que levantó la espada de su castigo contra su rebelde criatura, extendió al mismo tiempo su mano misericordiosa, infundiéndole la esperanza de la rehabilitación.

Los hombres encendieron de nuevo con su maldad la hoguera de la venganza divina, y Dios, *arrepentido* de haber criado al hombre, exterminó á la humanidad en el diluvio, preservando únicamente al justo Noé y á su familia.

*Habiendo muerto todo en lo que habia aliento de vida* (1), y renovada la faz de la tierra, bendijo Dios á Noé y á sus hijos, é hizo alianza con el género humano. Una vez más los hombres rompieron la alianza con su Dios, pretendiendo levantar una torre tan alta como su soberbia; y

(1) *Genes.*, cap. VII, vers. 22.

confundidos en Sencar, se dispersaron por todo el mundo.

Las ciudades de la Pentápolis fueron destruidas por el fuego del cielo, en castigo de sus nefandos crímenes.

Faraon y los egipcios trataron de aniquilar al pueblo escogido de Israel, y al poco tiempo el Egipto fué afligido por las diez plagas, y su Rey pereció, con todo su ejército, en las aguas del mar Rojo.

Finalmente, las tradiciones del piedadismo Noé, depositadas en el arca del diluvio, pasaron á ser patrimonio de un pueblo que las llevó consigo, simbolizadas en el arca de la alianza. Aquel pueblo, regido directamente por su mismo Dios, se rebeló también contra su Dios y Señor, cuando debía recibirle en su seno hecho Hombre; y apostataando de su fé cuando ésta iba á recibir el complemento que esperaba, y que le habian anunciado sus Profetas, desconoció á su Salvador y le clavó en una cruz. Aquel pueblo vió que al firmar la sentencia de muerte contra Jesucristo habia firmado su propia sentencia, porque, disperso por todo el globo, no ha podido aún recobrar su independencia, reconstruir su ciudad, ni reedificar su templo.

La Sinagoga desaparecía para siempre, mientras se levantaba un nuevo edificio, la Iglesia, que jamás será destruida. El pueblo judío recibía su castigo, al mismo tiempo que se rescataba el mundo.

La Sagrada Escritura contiene otros muchos pasajes que comprueban la acción de la Justicia divina en la historia de la humanidad, y consigna los horribles castigos á que se hicieron acreedores los que cerraron sus oídos á la palabra de Dios.

El rebelde Abiron; el fratricida Abimelech; el incestuoso Absalon; el apóstata y traidor Jeroboam; Achab, rey impío de Israel; el blasfemo Senaquerib; Aman, el enemigo capital del pueblo judío; el sacrilego é impío Baltasar; el cruel y soberbio Nabucodonosor, y otros que pudiéramos citar, todos sufrieron el castigo que merecían, y que á muchos de ellos les anunciaron los Profetas.

Pasarán los hombres y los pueblos; pasarán los siglos y las naciones; pasarán los cielos y la tierra, pero la palabra de Dios permanecerá para siempre; y ¡ay de aquellos que la desoigan ó se opongan á su cumplimiento, porque serán aniquilados bajo el peso de una maldición divina y eterna!

En el libro de los *Proverbios*, cap. XII, se lee lo siguiente:

28. *En la senda de la justicia está la vida; mas el camino extraviado conduce á la muerte.*

El libro de la *Sabiduría*, en su cap. IV, dice, hablando de los impíos:

19. *Y despues de esto morirán sin honor y estarán con infamia para siempre entre los muertos; porque los hará estallar hinchados sin voz, y los trastornará desde los cimientos, y serán desolados hasta el extremo, y estarán gimiendo, y su memoria perecerá.*

En el salmo XXXVI se lee tambien lo que sigue:

35. *Vi al impío sumamente ensalzado, y elevado como los cedros del Líbano.*

36. *Y pasó, y hé aquí que no existía; y lo busqué no fué hallado el lugar de él.*

En el salmo CIV se encuentran tambien las siguientes palabras:

15. *No toqueis á mis unguidos, y no hagais mal á mis Profetas.*

Por último, en el *Levítico* y en el *Deuteronomio*; en el libro de los *Paralipómenos*, en el de los *Proverbios* y en la profecía de Isaías están consignados los terribles castigos con que amenaza Dios á los que infringen sus mandamientos,

y que se ejecutaron en muchos personajes y pueblos, según lo atestiguan muy especialmente los libros de los *Reyes*, los de los *Paralipóménos* y otros de la Sagrada Escritura.

Así, pues, bien podemos exclamar con los hechiceros de Faraon: *¡Dado de Dios es este!* Aquí está la mano de Dios (1).

Tal es la historia de la Iglesia desde el pecado de Adán bajo la Ley antigua; y durante la nueva Ley, desde la redención del hombre por la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo hasta nuestros días.

La acción de la justicia y de la venganza de Dios ha sido reconocida siempre por todos los pueblos, cualesquiera que hayan sido su religión y sus creencias, pues la historia nos ha transmitido las ceremonias y sacrificios que han celebrado los hombres desde los tiempos más remotos para aplacar la colera divina.

“No creáis, dijo Platon, que podréis escapar á la venganza de los dioses, porque ni seréis tan pequeños que os podáis ocultar sobre la tierra, ni bastante grandes para lograr escalar el cielo, sino que sufriréis la pena que merecéis, ó en es-

(1) *Exod.*, cap. VIII, vers. 10.

te mundo, ó en el otro; en el infierno ó en otro lugar todavía más terrible, á donde seréis trasportados despues de vuestra muerte.”

Eurípides, en su tragedia *Orestes*, dice, hablando de la Divinidad, que obra lentamente, porque esa es su naturaleza; y Horacio, á pesar de pertenecer á la escuela de Epicuro, escribió tambien estos elocuentes versos:

*Scpe Diespiter neglectus  
Incesto addidit integrum  
Raro antecedentem scelerum  
Deseruit pede penna claudo.*

(HORAC. III. OL. 2.)

Tertuliano anunció tambien esta verdad á Scápula prefecto de Africa, cuando lo escribía: “Léjos de nosotros la idea de vengarnos de nuestros perseguidores. Dios tendrá buen cuidado de esto. La sangre de los cristianos caerá sobre las cabezas de los que la han derramado.”

“Dios se venga, escribía San Cipriano á otro de aquellos feroces procónsules: no lo reconocéis en todos esos azotes que os afligen! Jamás se ha ejercitado la crueldad contra el pueblo cristiano, sin que Dios haya hecho estallar sus venganzas.”

San Justino usó del mismo lenguaje; y la historia en general, y muy especialmente la de la Iglesia, confirman plenamente a verdad, tanto respecto de la Ley antigua como de la nueva Ley, por que ambas constituyen la Iglesia de Jesucristo.

Lactancio Firmiano escribía en el cuarto siglo de la Iglesia un tratado *De la muerte de los perseguidores*, en que demostraba el trágico fin de los enemigos del Altísimo y de su Cristo.

Pío VII, apenas elegido por el Cónclave de Venecia, hablando con el marqués Ghislieri, embajador de la corte de Viena, acerca de las tres Legaciones de Ferrara, Bolonia y Ravena, que Austria no quería cederle, dijo de esta manera: "Piénselo bien el Emperador; advierta que poniendo en su guardaropa vestidos que no son suyos, sino de la Iglesia, no solo no podrá servirse de ellos, sino que además comunicarán la pelilla á los suyos."

Ferreri, diputado de la revolucion italiana, no pudo ménos de exclamar, en la sesion de la Cámara de los diputados de 27 de Mayo de 1860: "¡He visto que cuantos combaten al Pontificado acaban mal!" En la sesion de 23 de Marzo de 1861 dijo tambien: "Roma es fatal para los Reyes; el último que tuvimos no pudo

tocar á ella, y el deseo que tuvo de adquirirla le fué muy funesto; vosotros debéis hacer que este deseo sea ménos funesto para la actual familia reinante."

"No sé qué es lo que tiene, ha dicho Thiers, *la carne de Papa*, qué todo el que la come, revienta."

"Abrid la historia, dice Crétineau-Joly (1), recorred el reinado de un enemigo de la Iglesia, de un usurpador de su patrimonio, bien sea éste el emperador de Alemania Enrique IV, ó el emperador Federico II, y asistiréis inevitablemente á uno de esos deplorables espectáculos que llenan la imaginación de espanto. El príncipe anatematizado, despreciando á Dios con una monstruosa serie de maldades, declara en semejantes circunstancias una guerra parricida contra sus rebeldes hijos y contra la Santa Sede. Encuéntranse á cada paso muertes terribles, conjuraciones sin fin, locas impiedades, ódios concentrados y vengativos, que en pleno Cristianismo traen á la memoria á los más feroces Atridas."

(1) *La Iglesia romana frente á la revolucion*, tomo I, pág. 222, segunda edicion.

Y, en efecto, Dios ha estado siempre con su Iglesia desde Adán, y lo estará hasta la consumación de los siglos, según se ha consiguado y profetizado en los siguientes pasajes de la Sagrada Escritura:

45. *Y habitaré en medio de los hijos de Israel y seré su Dios (1).*

12. *Andaré entre vosotros, y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo (2).*

27. *Y tú no temas siervo mío Jacob, y no te asombres, Israel; porque he aquí que yo te libraré de lo lejós, y á tu linaje de la tierra de tu cautiverio y se volverá Jacob, y reposará, y será prosperado; y no habrá quien le espante (3).*

18. *Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, (4).*

20. *Porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre allí estoy en medio de ellos (5).*

Esta es la palabra divina, confirmada constantemente por la historia.

(1) *Exod.*, cap. XXIX.

(2) *Levit.*, cap. XXVI.

(3) *Profec. de Jerem.*, cap. XLVII.

(4) *Evangelio según San Mateo*, cap. XVI.

(5) *Idea*, id.

La Iglesia de Jesucristo, bajo la Ley antigua, fué perseguida ea el pueblo judío, que la representaba, por muchos y poderosos enemigos; pero Dios estaba con su pueblo, y sus enemigos fueron aniquilados.

La Iglesia de Jesucristo ha sido también perseguida bajo la nueva Ley en la persona de los Romanos Pontífices, de los Obispos, de los sacerdotes y del pueblo cristiano, que constituyen esa sociedad divina; pero Jesucristo está con su Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

El infierno ha ensayado todos los medios que le ha sugerido su malicia para combatirla; pero la Iglesia ha salido siempre triunfante de todos sus enemigos.

El martirio y la muerte de los fieles; el cisma y la herejía; la usurpación de la soberanía espiritual; el despojo de los bienes consagrados al sostenimiento del culto y de sus ministros; la demolición de los templos; la apresión de las Ordenes religiosas; la limitación de sus derechos y privilegios, y, finalmente, la usurpación del poder temporal del Papa, tan necesario para el ejercicio de su supremacía espiritual: tales son las armas que se han empleado para destruir la Iglesia de Dios, que, firme é inquebrantable, ha

aparecido tanto más pujante y vigorosa cuanto más encarnizada y terrible ha sido la persecucion.

En esta espantosa lucha, en que no ha habido tregua ni descanso, se han empleado simultáneamente contra la Esposa de Jesucristo, y durante diez y nueve siglos, toda clase de persecuciones; pero siempre y en épocas determinadas ha predominado alguna de las diversas formas adoptadas por sus enemigos para combatirla.

La primera persecucion fué la de los Emperadores paganos, y se dirigia principalmente contra la vida de los pobres fieles que profesaban el Cristianismo. Esta persecucion, iniciada por Nerón, duró tres siglos, é inundó de sangre inocente el vastísimo imperio romano, donde fué semilla fecunda que, arrojada en terreno fértil, aumentó tan prodigiosamente el número de los fieles, que cuando con la paz de Constantino cesó el temor, resultó que casi todos los ciudadanos romanos profesaban el Cristianismo.

Todo el poder de aquel imperio omnipotente é invencible no bastó á contener los progresos de la doctrina de un hombre muerto en afrentoso suplicio, y predicada por doce discípulos oscuros, ignorantes y desconocidos.

El prodigio fué tanto más grande, cuanto que aquella doctrina venia á destruir la religion del imperio, su civilizacion, sus costumbres, su filosofía; venia á derribar el Capitolio, para levantar sobre sus ruinas el edificio de la Iglesia, venia á cerrar las puertas de la Sinagoga para abrir las de millares de templos.

Los pontífices y los sacerdotes de la antigua Ley y del gentilismo, los Emperadores romanos y los soberanos todos, el Senado, los sabios y el pueblo, se levantaron en vano para destruir la Iglesia naciente. Su Fundador y Maestro, aquel Hombre que murió clavado en una cruz sobre el Calvario, era el Dios Hombre; aquellos discípulos tan humildes y rudos eran sus apóstoles, iluminados por el Espíritu Santo, y el Evangelio fué grano de mostaza, que en pocos años llenó con sus raíces toda la tierra y extendió sus ramas por todo el globo.

“Nosotros somos de ayer, decia Tertuliano, y ya llenamos vuestras ciudades y vuestros campos, vuestros ejércitos y consejos, el palacio, el Senado y el foro: lo que únicamente abandonamos es vuestros templos. Nosotros tomamos parte en vuestro comercio, en vuestros tratados y en todas vuestras juntas, ménos en las supersticiones del Capitolio, en la licencia del circo y

en las crueldades del año átro. Sin nosotros, el imperio sería un desierto; y vosotros, conestados en el silencio y atariminto de la ciudad, mirarías vuestra soledad con horror."

"Esta mudanza prodigiosa, dicen los Santos Padres, no se limita á un solo pueblo, ni á un solo imperio: no solo los romanos, sino los persas y los indios, los árabes y los escitas, el mediodía abrasador, y el helado septentrion, destruyen ó purifican sus templos; destrozán sus ídolos y abandonan sus fiestas impías y sus impuros sacrificios, para sustituirlos con otras nuevas solemnidades. Desde Oriente á Poniente, y de un cabo á otro cabo del mundo, se adora con sinceridad, según lo predijo el Profeta, al verdadero Dios, y se le ofrece en todas partes la Víctima sin mancha."

"¡Qué maravilla, exclamaba San Juan Crisóstomo, es ver á tropas de judíos y á tantos otros pueblos, adorar á un Hombre condenado á muerte por ellos mismos como un malhechor! ¡Qué maravilla ver la cruz, que ántes era una señal tan ignominiosa, y hoy es más honrada que el cetro y la diadema! Horrorizan los ecúleos y las uñas de hierro destinadas para atormentar á los criminales; y siendo la cruz más horrible y más infame que todos aquellos instrumentos de

suplicio, y estando reservada para el castigo de los esclavos y de los bárbaros, hasta el punto de que los magistrados se hacían culpables si condenáran á muerte de cruz á un ciudadano romano, hoy, sin embargo, la vemos reverenciada por todo el universo. Todos hacen la señal de la cruz en su frente, y quisieran imprimirla en su corazón; la cruz brilla en los templos sobre los altares, en las más augustas ceremonias, y en las habitaciones mundanas como en los asilos de la Religión. Se ve levantada en triunfo en el remate de los palacios, en las puertas de las ciudades, en los monumentos públicos, y se fija hasta en los trofeos."

En vano agotaron su monstruosa crueldad los Nerones, Domicianos, Maximianos y Dioclecianos para contener la invasión de la Baza Nueva, que inundaba ya todo el imperio; porque si grande fué su rigor y terrible la persecucion, aun fué mayor la constancia de los mártires y el heroísmo de los cristianos.

En vano perecieron en los más horribles suplicios doce millones de fieles de todas edades y condiciones; en vano se les calamnió y se les declaró enemigos de los dioses y del imperio, porque al cabo de tres siglos la cruz fué fijada en los estandartes de las legiones romanas, el imperio



dió la paz á la Iglesia, y los Emperadores cedieron su silla á los sucesores de San Pedro.

La Iglesia habia vencido al imperio; habia triunfado de la fuerza en aquella guerra que podemos llamar exterior; pero el infierno suscitó una nueva guerra, dirigida principalmente contra la doctrina y contra la paz interior de la Iglesia. Entónces comenzó la segunda persecucion, que fué la de los cismas y herejías.

Juliano el Apóstata, Valente y Egenio, Ladegerdo, Hunerico y Dunaan, Corroes II, Constantino VI y otros, renovaron las crueldades de las diez persecuciones de los Emperadores paganos, como si pretendieran acabar por el fuego y por el hierro con la raza de los cristianos; pero la pureza é integridad del dogma y la autoridad de los Pastores del rebaño de Jesucristo fueron en esta segunda época el blanco de los ataques de sus enemigos, que emplearon principalmente contra ella las perturbaciones de la herejía y del cisma.

Así fué que por una parte aparecieron Arrio, Donato, Joviniano, Pelagio, Nestorio, Eutiques, Sergio, Leon Isturice, Focio y otros muchos, que combatieron los dogmas fundamentales del Cristianismo, y por otra Timoteo de Eluro, Gregorio de Capadocia, Macedonio, Jorge de Oapa;

docia, Timoteo, los antipapas Pascual y Constantino y otros muchos, y hasta el mismo Focio, que llevaron el cisma á innumerables Sillas episcopales, y aún al mismo Pontificado.

Grandes fueron los males que este nuevo género de persecucion causó á la Iglesia; pero si la lucha fué larga y empeñada, los resultados no pudieron ser más favorables para la propagacion y preponderancia del Cristianismo.

En aquella época tan funesta, pero mucho más gloriosa para la Iglesia; celebráronse los Concilios de Nicea, primero de Constantinopla, el de Efeso, Calcedonia, segundo y tercero de Constantinopla, y segundo de Nicea, que definió los dogmas de la Santísima Trinidad, divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, las prerogativas de su humanidad, la maternidad divina de la Virgen, la procesion del Espíritu Santo, las obras de la gracia, y el culto de las sagradas imágenes.

En aquella misma época florecieron Papas tan grandes como San Silvestre, San Leon Magno y San Gregorio el Grande, y Doctores tan santos y tan sabios como San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Basilio y otros muchos Padres griegos y latinos.

La Iglesia adquirió entónces en la sociedad el predominio que la dieron la ilustracion sobre la barbarie, y el espíritu de conservacion de la civilizacion cristiana, amenazada por la preponderancia del Oriente. El Pontificado habia educado á las naciones nuevas en su infancia, salvado su libertad y consolidado las monarquías que se acogieron á su amparo; pero aquellos mismos pueblos y Monarcas que lo debian todo á la Iglesia, pretendieron sacudir como ominoso yugo la tutela salvadora de que tanto necesitaban, y estalló la tercera persecucion, conocida en la historia con el nombre de guerras entre el Sacerdocio y el Imperio. Y, en efecto, la monarquía se rebeló contra el Pontificado, y abusando de su poder y de su fuerza, no solo atentó contra la sagrada persona de los Santos Pontífices, sino contra su soberanía temporal, y aun contra su autoridad espiritual, ya usurpando sus atribuciones, ya arrojándolos de la Santa Sede para poner en su lugar falsos Papas, que aumentaron á los males de la guerra las perturbaciones del cisma.

Enrique IV, Enrique V, Federico I y II, y Luis IV en Alemania; Enrique en Cerdeña y Felipe IV en Francia, fueron los instrumentos que empleó el infierno contra la Esposa del Cordero, perturbando la paz pública y la tranquili-

dad de las conciencias, haciendo apurar hasta las heces el cáliz de la amargura á un gran número de Papas, víctimas muchos de ellos del martirio, y preparando el terreno para la guerra más inicua y más encarnizada de cuantas se han sostenido contra la Iglesia: la guerra de la Protesta.

La soberbia y la lascivia, la ambicion y la mala fé juntáronse para echar los cimientos de la nueva obra, fomentada despues por la ambicion de los príncipes, por la corrupcion general de todos los pueblos y de todas las clases, y por el general extravío de las ideas, que ha precedido siempre á todas las grandes catástrofes que registra la historia.

Así fué: arrojaron la perniciosa semilla algunos frailes apóstatas, de espíritu levantisco y de pasiones violentas, nacidos para los azares de una vida disipada más que para las austeridades de los claustros; y, proclamándose iniciadores de una Reforma que solo podria realizar la Iglesia, no hicieron sino aumentar los males y los abusos que habian de corregirse en Trento, y hacer extensiva la Reforma á la doctrina que adulteraron de mil maneras, sin otro resultado que producir una revolucion fundamental en las ideas, una perturbacion horrible en el órden re-

ligioso, político y social, y una multitud de guerras religiosas, que durante muchos años empaparon en sangre el suelo de casi toda Europa.

Hubo entonces muchos religiosos que escaparon de sus claustros, y muchos clérigos y párrocos que apostataron también; y abandonaron sus iglesias ó comenzaron á predicar á los fieles la nueva doctrina. Jamás afligió á la Iglesia defección tan grande, ni se vió nunca que herejía alguna hiciese tan rápidos progresos, por las pasiones de unos, por la ambición de otros, por los odios ocultos que entonces pudieron estallar sin rebozo, y por la decidida protección que prestaron á la herejía muchos príncipes, ansiosos de reunir en su mano los dos poderes, y de alzarse con los cuantiosísimos bienes que poseía la Iglesia.

El estandarte de la rebelion se había levantado en nombre de la Reforma, y al grito de libertad religiosa; pero al cabo convertíase Europa de que los pretendidos reformadores no hicieron otra cosa que complicar la situación de por sí ya difícilísima, y que los que se llamaban libertadores de las conciencias solo aspiraban á erigirse en tiranos, para imponer por la fuerza su herética doctrina.

Así lo hicieron, entre otros, Calvino en Ginebra, Isabel en Inglaterra, los hugonotes en Francia, y los wicleítas en Bohemia.

Muchas ciudades y algunas naciones enteras de Europa lograron al fin sustraerse á la obediencia de la Santa Sede y á la autoridad de los Papas, para someterse á la tiranía de los que se erigieron falsos Pontífices de una religión tan herética y disolvente como abominable.

Aquella rebelion fué la señal para que por todas partes se levantaran falsos apóstoles: predicando las más extrañas doctrinas y resucitando todos los errores con que se había combatido á la Iglesia desde los primeros siglos.

Pero la Protesta no fué solamente la aparición de una herejía nueva, fué un levantamiento de los legos contra el clero, levantamiento que demostró palpablemente no puede desconocerse la distincion fundamental que existe entre los clérigos y los simples fieles, sin quebrantar los fundamentos mismos de la Iglesia, de su constitucion, de su disciplina y de sus dogmas.

Las causas generales que prepararon la Protesta, unidas á las consecuencias de la guerra de la independencia sostenida por la Confederacion helvética, hizo se cumpliera la profecía del bienaventurado Nicolás de Flue, que al ver los cri-

menes que sfligien á su patria, anunció en la Dieta Stanz la futura apostasia de Suiza.

Algunos años despues se efectuó el vaticinio de aquel varon piadosísimo con la aparicion de Zuinglio en Suiza, casi al mismo tiempo que Lutero echaba los cimientos de la Reforma en Sajonia.

La nobleza primero, y luego el pueblo, fueron los que protegieron aquella sedicion impia, que redundó al fin en provecho de los príncipes, quienes, secundados por los herejes, instituyeron un despotismo sin ejemplo en lo temporal y en lo espiritual, iniciando contra la Iglesia una persecucion sangrienta.

El fanatismo herético, que es el peor y más violento de los fanatismos, se poderó entónces de los novadores, que se abandonaron á las mayores locuras y ejecutaron los crímenes más horrendos.

La interpretacion de la Sagrada Escritura, entregada á la ofuscada inteligencia de un pueblo ignorante y corrompido, produjo sus efectos naturales.

Aquellos fanáticos confesábanse unos á otros, y denunciaban públicamente sus pecados, dando una torcida interpretacion á las siguientes palabras de Santiago: "Confesad pues: vuestros pe-

cados uno á otro . . . (1)." Las mujeres se confesaban con sus maridos, los maridos con sus mujeres, y cuando aquellos se acusaban de adulatorio, sus esposas, en vez de darles la absolucion pedida, gritaban con furor: *¡Que te la dé el diablo!* Las mujeres se sentaban en camisa en medio de las calles é imitaban los juegos infantiles de los niños, porque estaba escrito: *En verdad os digo, que si no os volviéreis é hiciéreis como niños, no entrareis en el reino de los cielos* (2). Algunos quemaban la Sagrada Biblia, porque escrito está: *La letra mata, el espíritu vivifica* (3). Las jóvenes se cortaban el cabello, para cumplir en parte aquellas palabras del Señor: *Si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala de tí* (4). Los enfermos no buscaban remedio: para sus dolencias, porque *sin la voluntad de Dios no puede caerse un cabello de nuestra cabeza*; y finalmente, se hacia un abuso tan ridículo y tan escandaloso á la vez de las palabras *morir y renacer en Cristo*, que las gentes se arrojaban al suelo y contenian su respiracion cuanto podian, con lo cual creian

(1) Epist. cap. v. vers. 16.

(2) Evangelio segun San Mateo, cap. XVIII, vers. 3.

(3) Epist. II de S. Pablo á los Corint. cap. III. ver. 6.

(4) Evangelio segun San Mateo, cap. v, vers. 30.